RBA

RECOMPONER LA DEMOCRACIA

ANDRÉS ORTEGA

(con *Agenda Pública*)

DOSSIER PRENSA

Lo viejo no termina de morir y lo nuevo no acaba de nacer, decía Antonio Gramsci. Y en este mundo en cambio nos encontramos justo en esta encrucijada en la que es imperativo abrir un debate colectivo para sentar las bases de un nuevo «contrato» que permita fijar el funcionamiento político, social y económico de España para, por lo menos, los próximos treinta años. Este es el planteamiento y el objetivo del libro *Recomponer la democracia*, basado en conversaciones entre el analista, escritor y periodista Andrés Ortega y los editores del medio *Agenda Pública*.

La crisis económica ha acelerado otra crisis: la del sistema político. Y no hay que olvidarse de ello porque, a pesar de la recuperación en curso, no superaremos verdaderamente la situación si no se lleva a cabo una renovación de la política. Lo que es ya posdemocracia en España ha supuesto un retroceso en términos institucionales, sociales y económicos, ámbitos necesitados todos de un nuevo impulso democratizador.

La obra *Recomponer la democracia* plantea la necesidad de reconstruir el sistema político mediante transformaciones radicales de leyes y usos en todos los ámbitos, para así poder alcanzar un nuevo contrato social que regule una sociedad muy diferente de la que alumbró la Constitución de 1978, y que además incluya una nueva forma de entender la vertebración del país. Del mismo modo, también se expone cómo hay que despolitizar algunos ámbitos para repolitizar otros, atajar la corrupción y avanzar hacia una ciudadanía mucho más participativa apoyada en una sociedad ya interconectada. ¿Cómo lograr convencer a los políticos de adoptar tal agenda? Con el voto, la voz, la renovación generacional y una reforma profunda de la Constitución. *Recomponer la democracia* es una contribución esencial a un debate imparable.

La idea del libro es reflejar un debate entre personas de diversas generaciones, diversas tendencias políticas y orígenes. Asimismo, se plantea como la invitación a un diálogo que debe proseguir en diversos formatos, ya sea en foros físicos o virtuales. La gran mayoría de temas tratados son habituales en las páginas de opinión de los medios de comunicación. Juntos en este libro se antojan como una hoja de ruta a seguir por la clase dirigente y el conjunto de la población.

Andrés Ortega maneja y distribuye a lo largo del libro una cantidad importante de datos y de referencias a autores y estudiosos de primera línea que le permiten apuntalar sus argumentos y reflexiones. Son muchos los temas a tratar, de modo que se ha dividido el texto en ocho grandes capítulos que contienen varias pastillas de información y reflexión y que resumimos más adelante en este dossier.

Andrés Ortega es analista, escritor y periodista. Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid y Máster en Relaciones Internacionales por la London School of Economics, su dilatada experiencia periodística se ha complementado con cargos de tanta relevancia como el de director del Departamento de Estudios del Gabinete de la Presidencia del Gobierno, que ha ocupado dos veces (1994-1996 y 2004-2008). Sus últimos libros son *La fuerza de los pocos* (2007), *¿Qué nos ha pasado?* (2012, con A. Pascual-Ramsay) y la novela *Sin alma* (2012), además de *Recomponer la democracia* (2014), obra en la que también han colaborado Argelia Queralt Jiménez, Juan Rodríguez Teruel, Edgar Rovira Sebastià y Marc López Plana, promotores de ***Agenda Pública***, una web de análisis político en castellano y en inglés.

Contenido de *Recomponer la democracia*

1. La urgencia de una nueva política

España está viviendo el periodo democrático más largo y profundo de su historia. Sin embargo, el sistema heredado de la Transición ha entrado en crisis y se perciben grandes signos de deterioro de la calidad democrática. Andrés Ortega se remite a Ortega y Gasset para afirmar que cada generación tiene el deber de imponer su propia política. En un mundo en pleno tránsito, España requiere un cambio en el sistema político. La crisis económica, y no a la inversa, ha puesto de manifiesto los fallos del sistema: «Es el caso, por ejemplo, de unos partidos políticos con excesivo poder en su cúpula, por la necesidad de protegerlos cuando aún no se habían consolidado. O el de una Corona hiperprotegida.» Pero este sistema también ha permitido un gasto público próximo al despilfarro, corrupción, el alejamiento entre ciudadanía y clase política y que las élites se desentiendan de la suerte de las mayorías, entre otros fallos. No se trata solamente de cambiar la Constitución, como se dice a menudo, sino de un cambio más profundo, de sistema, de sus usos e incluso de sus ritos.

2. Otra sociedad, más ciudadanía

Con la crisis económica, el contrato social se está rompiendo a causa de los recortes en el gasto social y de la competencia de otros modelos económicos en un mundo globalizado. En España ya no existe la noción de que los hijos vivirán mejor que sus padres. Es necesario que todos nos corresponsabilicemos del mantenimiento del Estado del bienestar en un momento

en el que, por ejemplo, se está viendo que el mantenimiento del sistema de pensiones en los años venideros será difícil de financiar. Y no solo las clases medias, sino también las más acomodadas que recorren a la enseñanza y la sanidad privadas o concertadas y a los planes de pensiones privados: si no nos sentimos todos beneficiarios del Estado del bienestar se acabará del todo el consenso en torno a estas políticas públicas.

El capítulo constata el crecimiento de las desigualdades en España, como en otros lugares del mundo, y señala las causas: la individualización de las relaciones laborales, la financiarización y globalización de la economía, una política fiscal más a favor del capital que del trabajo y un relativo fracaso de las políticas de redistribución. Ello conlleva un creciente desclasamiento, el resquebrajamiento de las clases medias y el advenimiento de nuevas clases sociales, entre ellas el nuevo precariado que ya no encuentra acomodo en partidos y sindicatos —como sí ocurrió en otros momentos de la historia con similares cifras de destrucción de empleo—, un sector creciente de población pasto de populismos.

El capítulo entra también a discutir la crisis de los medios de comunicación tradicionales y la irrupción de Internet y las redes sociales y a subrayar los efectos que este fenómeno tiene sobre los usos en política y sus potencialidades a la hora de conseguir una democracia más participativa.

3. ¿Quién decide?

El capítulo se centra en la debatida cuestión de la pérdida de soberanía de los estados frente a instancias superiores o los llamados «mercados». Los ciudadanos perciben cada vez más que los políticos en el poder tienen poco margen de decisión a la hora de diseñar y acometer políticas determinadas. Deciden los «mercados», Bruselas, Berlín o el BCE, según la ocasión. Ortega matiza, sin embargo, que si bien hay cesión de soberanía hacia arriba (Europa), hacia abajo («regiones»), y hacia los lados («mercados»), sigue existiendo soberanía, y el BOE y las Comunidades Autónomas siguen siendo instrumentos válidos.

Asimismo, señala que la mejor manera para España de recuperar parte de este poder perdido es por medio de una integración europea en un sentido más democrático y representativo (no como está diseñada ahora). En este sentido, entre otras medidas, propone que el Parlamento español —al que acusa de no aprovechar todas sus prerrogativas en asuntos europeos— debata más sobre los asuntos a tratar por el Gobierno en el Consejo Europeo.

4. Despolitizar y repolitizar la política

En este capítulo se analiza la crisis de la política institucional y de los partidos desde la óptica de que tanto la una como los otros son necesarios para la salud de la democracia. Aparte de apuntar los grandes vicios de los partidos —alejamiento de la ciudadanía, corrupción, incumplimientos electorales, etcétera—, se subrayan algunos de los posibles remedios: una reducción de los cargos en organismos públicos, asesores y personal de confianza (que crean una red que favorece el clientelismo, el caciquismo y la corrupción y resta eficacia a la Administración, que debería estar más profesionalizada); aumentar la transparencia de las empresas públicas; orientar la militancia de los partidos hacia la voluntariedad, más que en la creación de una cantera de eventuales *colocados* después de unas elecciones (se cuentan los casos de utilización de voluntarios por parte de Barack Obama en Estados Unidos y François Hollande en Francia); mejorar la selección del personal político por la vía de primarias abiertas; igualar los sueldos de los más altos cargos (ministros, por ejemplo, pero también diputados) al resto de los países europeos para permitir que «los mejores» se decidan a participar en política; reducir la periodicidad de los congresos de los partidos para favorecer la renovación; obligar por ley a los partidos a realizar auditorías por parte de empresas privadas antes de presentar sus números al Tribunal de Cuentas (que habría que reformar para que no dependiera tanto de los propios partidos); reformar el sistema electoral según los modelos alemán y holandés para hacerlo más representativo y que permita una mayor relación entre elector y elegido (via primarias y listas desbloqueadas); hacerse presentes y activos en las nuevas formas de organización ciudadana como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH); mecanismos eficaces de control para frenar la corrupción, así como la introducción de una nueva moral pública…

En cuanto a la desafección de los ciudadanos, Andrés Ortega apunta la existencia de cierta cultura política ingenua y escéptica y defiende que «la política no se puede limitar a un encargo hecho a los elegidos». Los sindicatos y la patronal también deberían reformarse y, entre otras medidas urgentes, deberían aplicarse la limitación de mandatos que parece exigirse solamente a los cargos políticos.

5. Reanimar las instituciones

El capítulo se centra en la crisis de varias instituciones en crisis: la Corona, el Parlamento, las Administraciones Públicas y la Justicia.

Con independencia del debate entre Monarquía y República, Andrés Ortega defiende la necesaria reforma de la Corona tras los últimos episodios (caso Noos, cacería en Botswana,

etc.) en los que se ha visto envuelta. Más transparencia, mayor regulación por parte del Parlamento, y una abdicación de Juan Carlos I en una fecha no lejana.

El Parlamento debe reforzarse ante el poder Ejecutivo: con mayor espacio para la deliberación, más presencia de los parlamentarios en escalafones medios, la prohibición de leer las intervenciones, la obligación de debatir más las Iniciativas Legislativas Populares…

La Comisión para la Reforma de las Administraciones (CORA) que se ha puesto en marcha es insuficiente. Con ella, se pretende recentralizar el poder y no evita que el Gobierno o partido de turno *ocupe* las Administraciones, critica Ortega, que aboga por una mayor profesionalización de este ámbito.

Ultra la falta de medios y la lentitud, son otros los problemas de la Justicia. El autor insiste en la grave politización del Tribunal Constitucional, convertido en una suerte de «tercera cámara» y propone la aplicación de medidas existentes en Alemania, como que cuando no hay acuerdo entre partidos para la elección de nuevos miembros del Constitucional son los propios jueces quienes proponen los nombres.

6. España desvertebrada

El capítulo se pregunta qué es lo que vertebra España hoy en día. Se parte de la base de que hay un profundo desconocimiento de las diversas autonomías entre ellas, y de que el modelo autonómico diseñado en la Transición debe actualizarse según un modelo necesariamente asimétrico. España debe reformar su Senado en la línea del Senado alemán para que se convierta en una auténtica cámara de representación territorial (y de debate de temas europeos). Frente a la recentralización impulsada por el Gobierno actual, *Recomponer la democracia* defiende una «racionalización» y una «revertebración» del Estado de las autonomías: introducir más movilidad, más propósito común, más solidaridad interterritorial, más coordinación y más decisiones conjuntas hacia España y hacia la Unión Europea

Aparte se trata el tema del proceso soberanista que se está viviendo en Cataluña. Se reconoce el vuelco que supuso la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatut en 2010 y se insta al Gobierno a reaccionar frente al reto, que es serio. Se plantean tres escenarios para el Gobierno de España: *a*) Ir tirando sin hacer nada, con un incremento de la crispación; *b*) Bloqueo de la ley de consultas del Parlament catalán, con la consecuencia de la convocatoria de elecciones plebiscitarias en Cataluña y eventualmente una Declaración Unilateral de Independencia; y *c*) Reforma constitucional que reconozca el término de «nación» para Cataluña (y para otras comunidades), mejora del sistema de financiación y, con posterioridad y

habiendo tenido en cuenta estos cambios previos, consulta en Cataluña sobre su estatus político (evitando la pregunta sí/no sobre la independencia). Andrés Ortega se manifiesta a favor de la tercera opción.

7. Economía y política: los nuevos pocos

Los «nuevos pocos», término utilizado por Ferdinand Mount en el caso británico, se refiere aquí a las élites económicas españolas, que según el autor del libro se han desentendido de la gran mayoría de la población. Las clases dirigentes existen y existirán, y no son solo necesarias, sino que tienen una responsabilidad con el conjunto de los ciudadanos. Evitar esta fractura entre los unos y los otros «es una enorme tarea pendiente en la nueva fase histórica que se ha abierto, y que lleva al corazón del sentido democrático.» Se insiste en que, a diferencia de otros países de la Unión Europea, en España se beneficia más a las rentas del capital que a las del trabajo, cosa que conlleva una creciente desigualdad. En economía política, el libro defiende frenar la connivencia entre Estado y grandes empresas; fomentar la competencia; fortalecer la lucha contra el fraude fiscal, e innovar y democratizar los impuestos y el mercado.

8. ¿Cómo lograrlo? Mejor voz que salida

La «voz» y la «salida» son dos términos acuñados por Albert O. Hirschman en 1970. El primero hace referencia al hecho de tomar la palabra, opinar, participar. El segundo, al hecho de apartarse del sistema. Obviamente, *Recomponer la democracia* apuesta por el primero. Aunque la política institucional, advierte Andrés Ortega, se está moviendo a menor velocidad que la ciudadanía a la hora de aplicar esta necesaria agenda de reformas.

En el capítulo se habla de los nuevos medios de comunicación como plataformas de debate, del peligro del populismo, del necesario proyecto de país para alcanzar las reformas, de fomentar una mayor educación política en los ciudadanos —«política implica pedagogía»— y, sobre todo, de la necesaria reforma constitucional, acompañada de un cambio de cultura política: «En todo caso, hay prisas. Es urgente poner en marcha un proceso de reforma del sistema político que será complejo, pues supone una amplia reforma constitucional, una gran reforma legislativa, y cambios importantes en los usos políticos que no se darán —si se dan— de la noche a la mañana.»